

alborotado contraste, leyenda de violencias calculadas y de conquista justificada o epopeya de todo un pueblo en busca de una perpetuación más allá de su propia expectativa, el descubrimiento y la conquista de América, visto a la luz de la historia, ha de ser estudiado y relatado con el lenguaje de quienes deseen desmitificar una labor colonizadora tal vez demasiado halagada y una implantación cultural y religiosa en exceso criticada o denostada.

El filósofo Eduardo Subirats ha acometido la empresa, delicada y ambiciosa, de relatar unos acontecimientos y actuaciones que hasta ahora sólo habían sido vistos con los ojos de quienes han venido aplaudiendo el imperialismo español, tal vez con marca excesiva de las circunstancias críticas o negativas que todo acto unilateral puede tener. Su libro *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*<sup>1</sup>, en elegante edición de Anaya & Mario Muchnik, es una exhaustiva exposición de hechos y vivencias que, apasionadamente o con cierta valentía, configuraron esa historia amplia, de claroscuros y ambigüedades, que ya ha superado los cinco siglos y que sigue siendo la base de universos en permanente evolución pero bajo el signo de una misma lengua y en evidente transformación de sus singulares características, algo que pocas veces España ha sabido estimular o apoyar.

Subirats, que ya en un anterior ensayo titulado *Después de la lluvia*<sup>2</sup> concebía su libro como «un intento muy específico de abordar la grandeza y la miseria de los últimos diez años de política cultural democrática» en España, según explicaba en la presentación del mismo, añadiendo que la suya «es la posición de alguien que ha estado dentro y fuera de este proceso democrático; dentro por sus ideas, por su posición, por sus viajes y por su pensamiento, ha estado del lado de esta renovación de la vida española; pero también ha sido marginado bastante brutalmente del proceso en virtud de no siempre ideas católicas y romanas, vamos a decirlo así, en una España que sigue siendo bastante poco afín a la tolerancia y al diálogo», en *El continente vacío* trata de poner en claro algunos puntos sin que pueda molestar a nadie el revelar, por ejemplo, que la figura de fray Bartolomé de las Casas ha sido durante muchos años malinterpretada por unos y otros, pues dice Subirats que su obra «se ha querido ver únicamente desde el lado

de la oposición a los conceptos más arcaicos de guerra contra el odio y esclavización», tal vez por sus indudables posturas favorecedoras de un aspecto humanista que, según el dominico, habría evitado el drama de la «conquista de América como acto criminal y poder ilegítimo». Pero, incluso criticando la oportunidad de la bula del Papa Alejandro VI que el 4 de mayo de 1493, «en nombre de su potestad temporal absoluta y universal, concedió a los reyes españoles, que acababan de coronar la Reconquista con la destrucción del reino de Granada y la expulsión de los judíos, el título de legitimidad por derecho absoluto y perpetuo sobre las recién descubiertas tierras», no llegaba a legitimar el poder del imperio español sobre las nuevas tierras sino, más bien, ponía a disposición de los monarcas las inmensas posibilidades de acumulación de poder que la conquista permitía y justificaba que en nombre de la fe y de la religión católica se mantuviera una actuación evangelizadora, en muchos casos unida a la propia expansión política, aunque reivindicaba el determinismo de la libertad y la restitución de tesoros, tierras usurpadas y administración de sus propiedades para los indios, como verdaderos protagonistas de una historia que la llegada de Colón y sus gentes había bruscamente interrumpido, al tiempo que venía a propugnar, en su tratado *De Thesauris* algo tan necesario como el acto de conseguir de manera pacífica «el pleno y libre consentimiento por parte de los indios a la monarquía española», con lo que la justificación del vasallaje sólo se consideraba posible si se acometían las reformas precisas para insertar a los colonizados en un ambiente de concordia y convivencia capaz de eliminar la sangrienta incursión que se estaba materializando sobre las nuevas tierras. «El problema de De las Casas —apunta Subirats— afectaba, sin embargo, a un aspecto teológicamente hablando más profundo: la necesidad de justificar radicalmente, por parte del converso, el abandono de su propia forma de vida, de la ley, en beneficio de un cristianismo que no le ofrecía más patria, ni otra comunidad que la de las ciudades celestiales, en el orden de una libertad y una univer-

<sup>1</sup> Eduardo Subirats: *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*. Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1994, 525 páginas.

<sup>2</sup> Eduardo Subirats: *Después de la lluvia*. Temas de Hoy, Madrid, 1993, 223 páginas.

salidad trascendentes». Ahí es donde el autor emparenta al dominico con el pensamiento de Vives o Valdés y donde se pretende llegar a ese punto en el cual «la libertad era la condición formal de una auténtica conversión», y que alejaba a estos hombres de otras concepciones dominantes, como las de Cortés y Pizarro, o incluso los tres Montejo que Subirats no menciona y que hicieron de su capa un sayo y emplearon todo tipo de astucias, violencias y vilezas en la feroz conquista del Yucatán, algo que los mayas recuerdan muy bien y no tanto los gobernadores actuales de aquellos estados, generalmente incardinados en la apoteosis triunfalista del PRI mexicano.

Subirats también refiere la actuación de Vasco de Quiroga, el jesuita que fue obispo de Michoacán y que, si bien trabajó para rescatar a los indios de la esclavitud y procurar cierto bienestar espiritual que la conquista les estaba negando por principio, con sus intentos, por ejemplo, de sustituir la mano de obra esclava de los indios en las minas por la de aquellos presos que en la metrópoli o en la propia Nueva España hubieran sido condenados a trabajos forzados, en razón de la magnitud de su delito y como redención de sus penas. Quiroga había dedicado su vida a mejorar las condiciones de vida del pueblo al que el emperador Carlos I le había enviado como oidor de audiencia y parece ser que con sus propios ahorros o fortuna procedente de su familia de la nobleza castellana, construyó en 1531 el primer hospital de México, creando en torno a éste y a la iglesia una especie de república o comunidad donde se ensayaban los métodos que había esgrimido Tomás Moro en su *Utopía*; al ser consagrado obispo trabajó de forma incansable hasta ver construida una catedral y arbitró las medidas para que los indios pudieran aprender oficios que fueran su medio de vida y para instalar en las pequeñas villas o comunidades diferentes industrias capaces de posibilitar su subsistencia económica. Sin embargo, recuerda también Subirats que «la encendida visión profética de una comunidad indigenista tan moralmente perfecta como la de las primitivas sectas cristianas se conjugaba asimismo en Quiroga con una concepción absolutista del poder universal de la Iglesia». Creo, pues, que el valor de este libro es llamar a las cosas por su nombre y, lejos de sentirnos únicamente culpables por el hecho de que España haya participado en lo que Fidel Castro llamó conquista de rapiña o la acusación escuchada en Calk'ini,

Campeche, de que los españoles arrebataron a los mayas su cultura, sí es cierto que ese encuentro de dos diferentes modos de entender la vida, con su inevitable secuela de atropellos e injusticias, vino a suponer un cambio radical en las estructuras sociales del continente vacío y que figuras como la de Vasco de Quiroga con su oposición, cito a Subirats, a la esclavitud, su «crítica de la Guerra Santa contra indios» y su desprecio «a la brutalidad y codicia de los conquistadores españoles» en un ánimo de lograr la integridad de los legítimos dueños del otrora paraíso, hicieron posible que los enfrentamientos religiosos o los contrastes con las distintas formas de gobierno pudieran lograr determinados acercamientos para un logro común, el de ver implantada una lengua y, por qué no, una espiritualidad diferente pero, y eso sí era importante, sin desbaratar las creencias o culturas locales que habían de ser signo distintivo y aglutinador a través de los siglos. Si en la plaza de las Tres Culturas del Distrito Federal leemos que «el 13 de agosto de 1521 heroicamente defendido por Cuauhtemoc cayó Tlatelolco en poder de Hernán Cortés. No fue triunfo ni derrota, fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy», advertimos que sólo una especial comprensión que todo pasado de enfrentamiento puede tener entre los pueblos hará posible, a través de los siglos, la construcción de historias comunes. Las de España y el antiguo continente vacío partió de algo que no fue tan idílico como se nos enseñó en la escuela franquista, Colón redimiendo a unos pobres indios que besaban la cruz y se arrodillaban ante la espada, ni tan trágico como han señalado los detractores del quinto centenario. La guerra de la independencia fue una desafortunada incursión de Napoleón en un país del Sur de los Pirineos, pero eso no descalifica otras relaciones de amistad y comunidad con Francia. La conquista se basó en una irracional superioridad de los recién llegados, tanto en lo material como en lo espiritual. Sin embargo, la lección de Atahualpa, según la versión de Guamán Poma de Ayala que menciona Subirats, nos parece perfectamente racional. Se le está diciendo al rey inca, a través de un dudoso intérprete, que debe someterse a un rey lejano, instituido en «Monarca del Mundo» por otro hombre mortal que, sin demasiada explicación, aparece como descendiente directo de una especie de emisario terrenal de un Dios que se encarnó en un humano llamado Jesu-

cristo que vivió en la tierra y que hubo de morir en una cruz para resucitar después, subir al cielo, redimir a los demás hombres, etc. A todo ello, supongo que circunspeto y a punto de pensar que está hablando con locos, Atahualpa responde de forma reposada. Guamán Poma relata que «respondió muy atentamente lo que decía Francisco Pizarro y lo dize la lengua de Felipe yndio. Responde el Ynga con una magestad y dixo que será la uerdad que tan lexo tierra uenían por mensage que la creya que será gran señor, pero no tenía que hazer amistad, que también era él gran señor en su rreyno». Hasta parece que la actitud del Inca es incluso más racional que la de los españoles que habían llegado actuando de forma violenta y esgrimiendo unos derechos que difícilmente podían reconocer quienes siempre habían vivido en unos confines libres, en unos paisajes limpios y en un ambiente que Théodore de Bry ha retratado como algo idílico. Es por eso por lo que el cronista veneciano Girolamo Benzoni retrata de modo similar el recibimiento de Atahualpa: «El rey, cuando hubo entendido todo, respondió que sería amigo del Monarca del Mundo, pero que no le parecía, como Rey libre, de dar tributo a quien no había visto nunca. Y que el Pontífice debería ser algún loco, ya que daba así literalmente la tierra de los otros. En cuanto a la religión, dijo que de ninguna manera dejaría la suya, y que si creían en Cristo, que murió en la cruz, él creía en el sol que no muere nunca.» Tan correctos argumentos no detuvieron un ápice el avance de los españoles. La ignominia con que reyes y súbditos fueron exterminados dice muy poco en favor de tan cristianos enemigos. Gonzalo Fernández de Oviedo narra cómo un gesto, el desprecio de un libro difícil de interpretar, supone una fulminante condena a muerte para toda una raza. No se trata de crear una leyenda negra, más bien tenemos la obligación de reconocer unos errores. En un encuentro regional de escritores en lenguas indígenas celebrado en Mérida, Yucatán, mientras el profesor de lengua maya Waldemar Noh Tzec saludaba la presencia de tres españoles en una mesa de coloquio, «451 años después de la llegada del conquistador Francisco de Montejo», en cuyo palacio estábamos reunidos, uno de los tres mencionados quiso alzar su voz para recriminar la conducta de España por su responsabilidad en actuar de forma opresora sobre las culturas autóctonas y, reivindicando su condición de catalán, hacer saber que su cultura era

aquella y no la española que se acababa de alabar. Como vemos, el abanico de posibilidades es inmenso, pero creo que el llamar a las cosas por su nombre y, en todo caso, crear una conciencia común con todo aquello que puede unir a los pueblos debe ser más importante que empeñarnos en crear nuevas diferencias en dos mundos que no han de estar necesariamente alejados. El mismo Guamán Poma de Ayala trata de comprender determinadas situaciones al tiempo que pone de manifiesto las violencias de los conquistadores. Y es el Inca Garcilaso de la Vega, hijo de una princesa india y cercano a los postulados de la metrópoli en muchos aspectos, quien, según Subirats, «armoniza los conflictos de la sociedad colonial en su concepto de mestizaje». Mi amiga Goldy Cotrina Reyes me cuenta que su papá es natural de Cajamarca y que es una linda ciudad del norte peruano, igual que otras cercanas al gran río Marañón. Para Garcilaso, sin embargo, es el lugar de la tragedia, allí donde se había decidido exterminar a un pueblo y a unas creencias. Ante el acoso del Dios de los cristianos, recuerda Subirats, «la violencia conquistadora significó la muerte de la Luna y el Sol. Fueron desterrados Viracocha-Pachacámac, los dioses conservadores de la creación, los que conocían el pasado y el futuro». Garcilaso en sus *Comentarios reales* y en su *Historia general del Perú*, segunda parte póstuma de aquéllos, trata de relatar, la mayor parte de las veces con datos de segunda mano pero siempre en la cercanía de lo narrado, el pasado del imperio inca ante la llegada de los españoles y las circunstancias en que, bajo el imperio de los intrusos, era capaz de renacer determinado espíritu entre religioso y ataviado con los elementos de la superstición. También las crónicas cristianas de José de Acosta inciden en ese continuo retorno del mundo anímico inca, suponiendo que su existencia era algo negativo en extremo para la labor evangelizadora. Otras corrientes habían descrito de manera profusa la promiscuidad sexual o el pretendido satanismo de algunas tribus. Pero en Garcilaso se busca una racional explicación a las actuaciones de los españoles. «La destrucción cristiana —refiere Subirats— de los llamados cultos idolátricos no buscaba en realidad sino la eliminación de cualquier forma autónoma de la experiencia de lo existente.» El Inca Garcilaso de la Vega admite que los españoles trastocaron el curso de la vida de su pueblo indígena, mientras que como hijo de español se-